

Los medios de comunicación colectiva y la salud mental de nuestra sociedad

*Ronald Arias-Ocampo **

Resumen

Los adelantos tecnológicos proporcionan muchas formas de comunicación y de distracción; sin embargo, la comercialización de esos medios también ha generado aspectos nocivos para la sociedad. Muchos se aprovechan de la medianidad sociocultural de algunos estados-nación, relleniéndolos de programas negativos para la salud mental y la formación de la personalidad y la conciencia. Por el contrario, estos medios son positivos si son bien utilizados. Un ejemplo son las redes sociales, en donde el objetivo es dar a conocer la vida de los individuos y la información personal puede usarse para fines comerciales.

Palabras Claves

Ciberspacio, conciencia, consumismo, medios de comunicación, publicidad, redes sociales, salud mental, sociedad, entretenimiento, tecnología, valores.

* El Dr. Arias Ocampo es educador, con conocimientos en docencia y psicopedagogía. Además, posee un doctorado en Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Latinoamericana de Ciencia y Tecnología (ULACIT); así como estudios en Teología y Consejería Cristiana.

Introducción

Es indudable que los medios digitales y generales de la comunicación colectiva han influido y siguen ejerciendo enorme influencia sobre la humanidad. Miles de componentes de sonido, televisores, consolas de videojuegos, computadoras y teléfonos celulares existen en nuestro país, y miles de personas asisten todos los días a los cines en los centros comerciales.

Si bien es indudable que estos adelantos tecnológicos proporcionan muchas formas de distracción y de comunicación, agradables y creativas, la comercialización de esos medios ha creado otros aspectos, francamente nocivos para la humanidad.

Nadie duda de la influencia que la radio, el cine, la televisión, las computadoras, los videojuegos y los teléfonos celulares ejercen sobre los seres humanos. Pero muy pocos se dan cuenta de que esa influencia es, en muchos casos, explotadora y nociva. Se expondrán algunos de esos aspectos, basándose en diversos estudios científicos que se han realizado al respecto y en lo que se ha observado en la práctica vivencial.

Desarrollo

Cuando se piensa en el papel que se ha venido asignando en la sociedad moderna a los medios de comunicación, pareciera obviarse que estos, en esencia, son solo impresos o instrumentos digitales mediante los cuales las personas encargadas de controlar la emisión alcanzan y penetran en la mente de millones de personas, constituidos, por ello, en receptores potenciales de mensajes.

Convertido en el actor principal del mundo tecnológico, dentro de este nuevo orbe mítico, los medios de comunicación se conciben, para muchos, como el factor dinámico o dinamizador de la sociedad misma y se le dota de genuina movilidad. Y, por eso, crea una opinión pública de ocultamiento, de doble moral, en que se niegan las lacras sociales o los desaciertos de los gobernantes,

para solo mostrar el lado colorido de la vida y dar la impresión de que vivimos en el mejor de los mundos o a la inversa, muchos males contemporáneos, que tienen su raíz en las contradicciones de la desigualdad social o en las acciones equivocadas de los líderes políticos, se achacan a los medios de comunicación y a su negativa influencia.

Entonces, la función social de los medios reside en los elementos humanos del proceso de comunicación que integran: los emisores (constituídos por grupos minoritarios de selección, ubicados en una evidente estructura de poder) y los receptores (consumidores anónimos de la información o el entretenimiento). Por lo tanto, deben de reeducarse los seres humanos generadores o receptores de ese singular proceso de comunicación.

Por ejemplo, los integrantes de la familia se unen a un aparato digital: telenovelas, películas con gran dosis de violencia y sexo, noticieros, fábulas, mensajes y documentales se alternan como diferentes caras de la realidad. Todo condimentado con publicidad para los más variados artículos de consumo. Por su lado, las consolas de videojuegos proporcionan el germen de la adicción a las salas de juegos o casinos.

¿Es buena o mala la televisión? ¿Son buenos o malos los demás medios de comunicación social como la prensa escrita, la radio y la Internet? No pocos padres de familia manifiestan preocupación ante ciertos programas y medios digitales, de la misma manera que deben estar atentos con lo que leen y ven sus hijos.

Esta preocupación es compartida por las comisiones oficiales de control o censura de espectáculos. De manera muy especial ha expresado tal inquietud la Iglesia. Sentimiento que ha ido creciendo desde la invención de la imprenta, las primeras emisiones de radio, el surgimiento del cine sonoro, las primeras imágenes transmitidas por la televisión, hasta llegar a los celulares y las redes sociales en la Internet: Facebook, Twitter, You Tube y otras.

La Internet y la televisión cuentan con un poder más efectivo que ningún otro medio: al acumularse en una imagen y sonido para influir sobre el espectador al que rodea bien armadas en la intimidad de su hogar. De aquí el temor que la Iglesia, los padres de familia y los educadores manifiestan con frecuencia acerca del contenido de programas en que imperan el sexo o la violencia. Les preocupa la influencia negativa que puedan tener sobre espectadores y manipuladores sin suficiente formación. Les inquieta no sólo una dosis exagerada y mal preparada de algunos de esos ingredientes, sino también la más sutil erosión de valores humanos o instituciones consideradas intangibles como el núcleo familiar.

Sin embargo, el cuadro está incompleto cuando no se ve también la otra cara de la medalla: la influencia positiva y beneficiosa de los medios de comunicación en la sana educación, la adquisición de actitudes sociales de integración humana, la divulgación de conocimientos científicos y el llamado en pos de ideales y hazañas ejemplares de la humanidad. Si los medios de comunicación se fijan metas elevadas, nada habrá que temer de ellos, de la misma manera que no se teme a los libros apilados en una selecta biblioteca amena y educativa.

Si bien existe un grupo reducido de personas que no se habitúan al cine, la televisión o a la Internet, es un hecho que la mayoría de los individuos se han acostumbrado a estas distracciones. El proceso involucra a niños, jóvenes, adultos y ancianos, y ha sido tan fuerte que ha cambiado costumbres familiares y sociales. Los juegos de los niños han cambiado, las formas de interacción familiar también y hasta las costumbres sociales.

Algunos de estos cambios han sido útiles y creativos, pero otros son nocivos, francamente negativos. Las fantasías de los niños ahora viajan desde las inocencias de Chespirito, a través de las armas nucleares de la guerra de galaxias y de personajes monstruosos, hasta llegar a un mundo de agresión y violencia y de múltiples series de policías y asesinos. Son escasos las películas y los programas creativos y formadores para niños y jóvenes. La mayoría son dañinos y algunos, destructores de la conciencia humana.

Con los adultos la situación es igual o peor. Cientos de novelas, cuyo fin es explotar las pasiones y frustraciones de los incautos televidentes; cantidad de series de crímenes, corrupción y violencia, además de las películas y series en donde se explota el desenfreno sexual, que excitan o distorsionan el verdadero sentido de la sexualidad y el amor. A estos y a otros aspectos nocivos del cine, la televisión y la Internet, se agregan el sensacionalismo y la comercialización inadecuados de muchos programas y espacios.

A la cantidad exagerada de anuncios de pésima calidad, que generan frustración, consumismo, tensión emocional y hasta hipertensión arterial; se añade la frecuente y poderosa influencia de comerciales manipulados sobre licor, cigarros, gastos suntuarios, y otros. Nos bombardean en forma constante y metódica con programas que explotan nuestros problemas, emociones y pasiones, que influyen en forma negativa, en nuestra mentalidad y en nuestras formas de vida y, además, nos inducen a fumar, tomar, excitan lo instintivo del sexo, acostumbrándonos a ver como normal la violencia, el egoísmo, la agresión, etc. Ni qué decir que a muchos les cuesta dormir con los programas de terror; los niños que se despiertan gritando por pesadillas con monstruos o criminales que vieron en el cine o en la televisión, o la mujer que desplaza mentalmente a su marido por enamorarse del héroe de la novela y viceversa, y muchos más casos de la realidad.

Lo peor es que detrás de tanto programa negativo, lo que existe es un vil comercio, una truculenta explotación comercial a costillas de las personas, las familias y la sociedad.

Como afirma Fromm¹: “Las personas empiezan a creer que un nuevo carro, una casa más cara, el último perfume, colonia, computadora o celular o una cuenta con suficiente dinero los van a hacer felices”.

Por su lado, expresan Bucay y Salinas² que la sociedad de consumo ayuda a vendernos la idea de que tener es la puerta; comprar, gastar y cambiar son las llaves.² Cuando estos conceptos están configurados en el sistema de creencias, será fácil manipular

nuestra conducta. Por supuesto, que ni bien tenemos lo deseado nos damos cuenta de que no era suficiente con tener esas cosas, pero rápidamente la publicidad nos sugiere otra cosa para que sigamos intentándolo por el camino equivocado.

Esta explotación es creada tanto por productores de películas y de series de televisión como por quienes se encargan de proyectarlas al público. Un país donde el nivel sociocultural y familiar de las personas es elevado debe exigir que se les proporcione programas de mejor contenido y creatividad. Hay programas buenos, útiles, de verdadera distracción creativa y cultural; sin embargo, muchos se aprovechan de la medianidad e inferioridad sociocultural y familiar de algunos de los estados-nación y los rellenan de programas mediocres y nocivos.

Una red social es un sitio en la Internet en donde las personas se suscriben para comunicarse con los amigos de su elección. Según investigaciones realizadas³, a la radio le tomó treinta y ocho años captar cincuenta millones de usuarios; a la televisión, trece años, y a la Internet, solo cuatro. Por su lado, a una de las redes sociales más populares le tomó doce meses atraer 200 millones de usuarios.

El ser humano precisa de comunicarse con su semejante y la Internet se lo permite. Así, las personas de todas las edades usan las redes sociales por conveniencia, presión de los amigos y de los medios de comunicación, instituciones educativas y empleo.

Una red social es, ante todo, un negocio: su finalidad es hacer dinero mediante la publicidad. Son utilizadas para publicitar productos, difundir programación e informar. Además, existe una tendencia a utilizar lenguaje vulgar o con doble sentido, hablar de chismes y de temas inmorales. El objetivo es dar a conocer tu vida y la información personal puede usarse para fines comerciales.

Inscribirse en una red social conlleva riesgos. Estas redes se convierten en foros públicos en donde nuestros hijos pueden perjudicarse tanto a sí mismos como a la familia; inocentemente

pueden provocar un desastre. El ciberespacio presenta riesgos: trampas, perder la privacidad y la reputación, y poner en peligro la seguridad. Además de la cantidad de tiempo que se invierte y lo adictivo que resulta para muchas personas.

En la Internet la privacidad es un concepto relativo. Expone Schurgin⁴: ``Lo que ponemos ahí no desaparece por completo, debe verse como algo permanente; siempre habrá una copia en algún lugar”.

Conclusión

La Internet, el cine, la televisión y los medios de comunicación colectivos en general son positivos si son bien utilizados con programas útiles y creativos. Por el contrario, es mejor que los niños jueguen y hagan deporte que dejarlos ver programas nocivos para su salud mental y la formación de su personalidad y conciencia.

Por otro lado, es mejor que el grupo familiar converse o se distraiga en cosas útiles y sanas a que se conviertan en extraños y pasivos observadores de violencia, sexo desenfrenado y corrupción.

Se debe aprender qué es lo más útil para nosotros como individuos, como grupo familiar y como sociedad; y saber limitarse a ver únicamente los programas útiles y creativos que hay, rechazando el hacernos adictos a lo mediocre y pernicioso. Debemos valorar también qué juegos y programas pueden o no ver nuestros hijos. Estas actitudes serán la mejor protección para ellos y para nosotros mismos, pues nos permitirán compartir más lo que realmente nos es útil, ayudarán a exigir que se nos explote menos y se nos proporcionen mejores medios de distracción y entretenimiento.

La Internet y las redes sociales, como los demás medios de comunicación, tienen sus pros y sus contras. Pueden arruinar tu reputación por medio de una foto inadecuada o de un comentario

imprudente o convertirse en herramientas de comunicación útiles y seguras, si se usan con sabiduría y se protegen los derechos fundamentales de los usuarios.

Es tarea de los padres y de los educadores enseñarles a los niños y adolescentes a navegar con seguridad por la Internet. Como expresa Aftab⁵: “Los muchachos saben más de tecnología, pero los padres más de la vida”.

Referencias bibliográficas

(1) Fromm, E. ‘Tener o Ser’ en **Amarse con los Ojos Abiertos**, editado por Bucay, J. y Salinas, S. (Editorial Océano, 2000).

(2) Bucay, J, y Salinas, S. **Amarse con los Ojos Abiertos**. México, D.F.: Editorial Océano, 2000.

(3) Watchtower, A.R. ‘¿Qué debo tener en cuenta al usar una red social?’ en **Rev. Despertad**, agosto, 2011.

(4) Schurgin, G. ‘Ciber Safe’ en **¿Qué debo tener en cuenta al usar una red social?**, editado por Watchtower, A.R. (Despertad, 2011).

(5) Aftab, P. ‘Seguridad en Internet’ en **¿Qué debo tener en cuenta al usar una red social?**, editado por Watchtower, A.R. (Despertad, 2011).